

EL DEPORTE
EN LA GRECIA ANTIGUA

Aspectos sociopolíticos
y culturales

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

EL DEPORTE EN LA GRECIA ANTIGUA

Aspectos sociopolíticos
y culturales

Fernando García Romero



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Fernando García Romero

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-277-0
Depósito Legal: M-22.080-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
1. LA PRÁCTICA DEL DEPORTE, SÍMBOLO DE CIVILIZACIÓN PARA LOS GRIEGOS. .	11
1.1. <i>Ciudad, deporte y civilización</i>	11
1.2. <i>La práctica del deporte en las sociedades utópicas o ideales de la Grecia antigua: del paraíso perdido a las ciudades ideales de Platón y Aristóteles</i>	14
1.2.1. El deporte en los paraísos primitivos y las ciudades felices	14
1.2.2. Ejercicio físico y deporte en la ciudad ideal de Platón: hombres y mujeres bien entrenados ..	20
1.2.3. Ejercicio físico y deporte en la ciudad ideal de Aristóteles	25
1.2.4. Las ciudades ideales de cínicos y estoicos y la parodia de Luciano de Samosata	27
1.2.5. Los gimnasios contribuyen a la prosperidad y la felicidad de la ciudad	28
1.3. <i>Mitos del deporte civilizador. Héroes y dioses que civilizan el mundo a través del deporte: Heracles, Teseo, Polideuces y Apolo. La carrera ritual de Eleusis</i> ..	30
1.3.1. Los trabajos de Heracles	31
1.3.2. Los trabajos de Teseo	34
1.3.3. El combate de boxeo entre Polideuces y Ámico ..	35
1.3.4. Hermes y Palestra; Apolo y el salvaje Forbante ..	39
1.3.5. La institución de las grandes competiciones deportivas por parte de los “héroes civilizadores”	41
1.3.6. La carrera de carros de Pélope y Enómao y la fundación de los Juegos Olímpicos	42
1.3.7. La carrera ritual de Eleusis	44

2.	LA GRECIA ARCAICA (SIGLOS VIII-VI A. C.): DEPORTE ARISTOCRÁTICO Y DEPORTE DE ESTADO	47
2.1.	<i>“Ser siempre el mejor y sobresalir por encima de los demás”. El deporte aristocrático de los guerreros homéricos.</i>	47
2.2.	<i>El “deporte de Estado” de Esparta. La educación física de los espartanos (y las espartanas)</i>	55
2.3.	<i>El deporte femenino: las carreras rituales (y los saltos del toro cretenses)</i>	65
2.3.1.	Carácter religioso del deporte griego.	65
2.3.2.	Los saltos del toro cretenses	67
2.3.3.	Las carreras rituales de las muchachas griegas.	70
 3.	 LA GRECIA CLÁSICA (SIGLOS V-IV A. C.): DEPORTE DEMOCRÁTICO Y DEPORTE PROFESIONAL	 83
3.1.	<i>El deporte democrático. “La ejercitación física para los cuerpos y la ‘música’ para el alma”. La educación física de los atenienses (¿y de las atenienses?)</i>	86
3.2.	<i>El deporte profesional.</i>	92
3.2.1.	Premios y recompensas que recibían los atletas antiguos y repercusión de una idea equivocada en la creación e historia del movimiento olímpico moderno	92
3.3.	<i>La victoria deportiva y su difusión</i>	111
3.3.1.	El atleta como modelo de ciudadano. La alabanza del atleta y la difusión de la victoria deportiva por medio de la palabra: el epinicio ..	111
3.3.2.	Los excesos del deporte de competición, criticados por médicos y filósofos.	115
3.3.3.	La difusión de la victoria deportiva por medio de la imagen: los atletas en el arte griego.	131
3.3.4.	La explotación política de los triunfos deportivos	134
3.3.5.	Compraventa de victorias en las competiciones griegas	141
3.3.6.	Los antecedentes de “la mano de Dios”: santificación de atletas en la Grecia antigua.	145
3.4.	<i>Los que iban a mirar. Los espectadores de las competiciones deportivas</i>	152
3.4.1.	Los Juegos Olímpicos, microcosmos de la sociedad griega	152

3.4.2. Los santuarios en los que se celebraban las grandes competiciones deportivas, centros de turismo global	154
3.4.3. Viajar y alojarse	163
3.4.4. Comportamiento de los espectadores. ¿Eran frecuentes las acciones violentas de los espectadores en las competiciones deportivas? ..	172
4. LA GRECIA DE ÉPOCA HELENÍSTICA E IMPERIAL: DEPORTE EN UN MUNDO GLOBALIZADO	189
4.1. <i>De la helenidad “racial” a la helenidad “cultural”. El deporte como factor de identidad cultural</i>	189
4.1.1. La extensión del deporte griego, desde Roma hasta la India	192
4.2. <i>Admisión de esclavos en los gimnasios y en las competiciones deportivas</i>	226
4.3. <i>¿Un deporte femenino desvinculado del ritual?</i>	231
4.4. <i>“Un español fanático publica un edicto que prohíbe los Juegos”. El final del deporte antiguo</i>	234
4.4.1. Los Juegos Olímpicos de Antioquía de Siria	234
4.4.2. El final de los Juegos de Olimpia.	237
4.4.3. El final del deporte griego antiguo	242
SELECCIÓN DE TEXTOS	255
1. Pausanias, Descripción de Grecia 10.4.1.	255
2. Platón, República V, 451e ss.	256
3. Pausanias, Descripción de Grecia 5.16.2-7.	256
4. Jenófanes de Colofón, fragmento 2 West	259
5. Eurípides, fragmento 282 Kannicht, perteneciente a un drama satírico perdido titulado Autólico	259
6. Papiro de Oxirrinco n.º 5209.	262
7. Cicerón, Tusculanas 5.8-9	263
8. Inscripción de Olimpia, n.º 236 de la colección Inschriften von Olympia	265
9. Georges Bourdon, Les Jeux de la VIII ^{ème} Olympiade, París, Comité Olympique Français, 1929, pp. 13 y 19.	266
10. Tertuliano, Sobre los espectáculos 18	268
BIBLIOGRAFÍA.	271

2

LA GRECIA ARCAICA (SIGLOS VIII-VI A. C.): DEPORTE ARISTOCRÁTICO Y DEPORTE DE ESTADO

2.1. *“Ser siempre el mejor y sobresalir por encima de los demás”. El deporte aristocrático de los guerreros homéricos*

Vamos a iniciar nuestro recorrido histórico en el primer milenio a. C., en la época arcaica griega (siglos VIII-VI a. C.). El VIII es el siglo en el que podemos datar las primeras obras literarias europeas conocidas (con todas las dudas que suscita una afirmación de ese tipo): los poemas de Homero y de Hesíodo; y es también el siglo en el que la tradición sitúa la fundación de los Juegos Olímpicos, en el año 776 a. C.

Conocemos el deporte practicado en el ámbito geográfico griego durante el segundo milenio a. C. (épocas minoica y micénica) a través de los datos que nos proporcionan la arqueología y las artes plásticas. En el primer

milenio se añade un tercer tipo de fuente, que resulta fundamental: los testimonios escritos. Y se añade, además, a lo grande, con obras maestras absolutas, que también lo son desde el punto de vista que ahora nos interesa. En efecto, la *Iliada* y la *Odisea* no son únicamente el comienzo de la literatura europea, sino también el inicio de nuestra literatura deportiva. Y es un inicio majestuoso, porque en los poemas homéricos se incluye una de las “crónicas deportivas” más intensas y mejor desarrolladas que se han compuesto nunca: el canto 23 de la *Iliada*.

Las descripciones deportivas homéricas, que se concentran fundamentalmente en el canto 23 de la *Iliada* y en el canto 8 de la *Odisea*, plantean un problema inicial. Un poeta del siglo VIII a. C. relata hechos acaecidos quinientos años antes, en tiempos de la guerra de Troya, unos hechos que le han sido transmitidos a través de una larga tradición oral. En el transcurso de los siglos, esa tradición oral épica ha ido incorporando paulatinamente los elementos nuevos que cada época iba aportando y que conviven con otros más antiguos que han permanecido. En consecuencia, los poemas homéricos reflejan y describen realidades de periodos históricos diferentes. En tales circunstancias, no es ocioso que comencemos haciéndonos la siguiente pregunta: ¿las palabras de Homero reflejan prácticas deportivas de la época micénica, en la que se sitúan los sucesos narrados, o bien del siglo VIII y, por tanto, contemporáneas del poeta? O quizá mejor: en las descripciones deportivas, ¿qué rasgos son aportación de Homero y reflejo de su época y cuáles responden en cambio a la realidad del mundo micénico, medio milenio anterior? Es indudable que al menos algunas disciplinas deportivas mencionadas en los poemas homéricos se practicaban en época micénica (el boxeo y las carreras de carros, por ejemplo). Pero es probable que, en términos generales, las descripciones deportivas de Homero sean sobre todo reflejo de la propia época del poeta. La vivísima y detalladísima narración de las competiciones difícilmente se comprende si no se piensa que el poeta está narrando algo que ha vivido en persona.

Las informaciones que nos proporcionan los poemas de Homero sobre las competiciones deportivas y la ejercitación física se concentran especialmente, aunque no de manera exclusiva, en dos pasajes (para una descripción detallada de estos, véase García Romero, 1992: 29 ss.):

1. 640 de los 897 versos de que consta el largo canto 23 de la *Iliada* están consagrados a la pormenorizada descripción de las competiciones deportivas que tienen lugar con ocasión de los juegos funerarios que organiza Aquiles en honor de su amigo Patroclo, muerto a manos del troyano Héctor.
2. Como ya hemos tenido ocasión de comentar en el apartado 1.2.1, los versos 93 ss. del canto 8 de la *Odisea* describen las competiciones deportivas que promueve Alcínoo, el rey de los feacios, para honrar y consolar a su afligido huésped Ulises.

En ambas ocasiones, quienes participan en las competiciones deportivas son los miembros de las élites aristocráticas, lo cual no constituye obviamente ninguna sorpresa porque, para empezar, el mundo que describe Homero es casi siempre el mundo de la nobleza.

En los juegos funerarios en honor de Patroclo participan buena parte de los capitanes del ejército griego. En la prueba estrella, la carrera de carros, a cuya descripción dedica el poeta nada menos que 390 versos (23.262-652), compiten Eumelo, rey de Feras, Diomedes, rey de Etolia y uno de los principales guerreros del bando griego, Menelao, rey de Esparta, Antíloco, hijo del rey de Pilos Néstor, y Meriones, jefe del contingente cretense junto con Idomeneo. En el combate de boxeo (23.653-699) Euríalo, uno de los caudillos de las ciudades de la Argólida, es derrotado sin contemplaciones por nocaut técnico por Epeo, quien, aunque constructor del caballo de Troya (*Odisea* 8.493 y 11.523) y por tanto capaz de trabajar con sus propias manos, pertenece a la nobleza, pues a su nombre acompaña el epíteto “de la casta de Zeus” (no compartimos la opinión de Perry, en Christesen y Kyle, 2014: 60, que considera que Epeo es “un artesano y casi con certeza no un miembro de la aristocracia”). En la lucha deportiva (23.700-739) se enfrentan dos de los más destacados combatientes del bando griego: Ulises, rey de Ítaca, y Ayante, hijo de Telamón rey de Salamina. En la carrera pedestre (23.740-797) vuelve a competir Ulises, esta vez contra Ayante, hijo de Oileo rey de Lócride. Ayante Telamonio y Diomedes repiten participación en la lucha con armas (23.798-825). En el lanzamiento de peso (23.826-849) Polipetes, rey de los lapitas de Tesalia, supera a Ayante Telamonio, a Epeo y a Leonteo, también príncipe tesalio. En el tiro con arco (23.850-883) Meriones vence

a Teucro, medio hermano de Ayante Telamonio. Y, finalmente, la prueba de lanzamiento de jabalina (23.884-897) ni siquiera llega a celebrarse, ya que, al presentarse a concurso Agamenón, el jefe del ejército, Aquiles decide entregarle directamente el primer premio.

Así pues, todos los participantes son miembros de la élite aristocrática del ejército griego. Y es lógico. Por un lado, se trata de competir en una ocasión excepcional, en la que se pretende honrar la memoria de un destacado compañero de armas muerto, y, además, la práctica del deporte es una actividad característica del modo de vida de los aristócratas (“El entrenamiento atlético y la competición, junto con la comensalidad formal, parecen haber sido los dos componentes centrales del estilo de vida tradicional de la aristocracia de época arcaica”, Fisher, 1998: 85). Y, por cierto, estos aristócratas ricos que intervienen en los juegos funerarios en honor de Patroclo no reciben como premio una simple corona de olivo o de laurel, como en los Juegos Olímpicos y Píticos, sino que se disputan con denuedo, casi como si no hubiera un mañana, las valiosas recompensas materiales que dona Aquiles, el organizador de las competiciones. Sobre este tema volveremos con más detenimiento en el apartado 3.2.1.3.

Muy diferente es el contexto en el que tienen lugar las competiciones deportivas descritas en el canto 8 de la *Odisea*, durante la estancia de Ulises en el país de los feacios. Ya no se trata de una ocasión excepcional y solemne como los funerales por un compañero muerto, ni se trata de competir por un premio. Los feacios organizan competiciones deportivas en el marco de un banquete festivo, y lo hacen por el mero placer de competir, de mostrar cada uno su propio esplendor físico, como hemos comentado con mayor detalle en 1.2.1. Y sin embargo las competiciones deportivas descritas en *Iliada* 23 y las narradas en *Odisea* 8, aunque se celebran en contextos tan diferentes, tienen un rasgo común: los participantes son todos miembros de la aristocracia. En efecto, en *Odisea* 8.110 se afirma que son “jóvenes, muchos y nobles” quienes se enfrentan en la carrera pedestre, la lucha deportiva, el salto de longitud, el boxeo y el lanzamiento de disco, prueba esta última en la que también interviene, y gana, Ulises.

Así pues, los jóvenes aristócratas feacios celebran competiciones deportivas en el marco de un banquete, aunando deporte y comensalidad formal, “los dos componentes centrales del estilo de vida tradicional de la aristocracia de época arcaica”, de acuerdo con la afirmación de Fisher citada más

arriba. ¿Y por qué la competición deportiva es un elemento tan importante en el modo de vida de la aristocracia? Los estudios de Jakob Burckhardt a finales del siglo XIX pusieron de moda la idea de que la conducta de los miembros de las élites aristocráticas de la Grecia arcaica está guiada en todas sus actuaciones por la concepción de la vida como una competición en la que cada uno aspira a ser el mejor, a llegar hasta donde los demás no pueden llegar, sobrepasando las limitaciones del hombre común. Ese “ideal agonístico de la vida” se habría extendido luego a otras clases sociales y explicaría los asombrosos logros alcanzados por la cultura griega antigua. Pues bien, ese concepto se encuentra formulado explícitamente por primera vez en la *Iliada*: “ser siempre el mejor y sobresalir por encima de los demás” es lo que Peleo pide a su hijo Aquiles cuando este parte hacia Troya (*Iliada* 11.784), y es también la exigencia que, “con gran insistencia”, Glauco, caudillo de los licios y aliado de los troyanos, recibe de su padre Hipóloco en *Iliada* 6.208 (sobre el concepto, véanse las muy atinadas páginas de Weiler, en Bernardini, 1988: 3-30).

Pero el deporte homérico no es solo competición. Es también una actividad de entretenimiento en los ratos de ocio. En *Odisea* 4.624-627 (los mismos versos se repiten en 17.166-169), leemos que, mientras en Esparta el rey Menelao y Telémaco, el hijo de Ulises, “se disponían al banquete en las salas del palacio”, en la residencia real de la isla de Ítaca los pretendientes de Penélope

delante del palacio de Ulises disfrutaban lanzando discos y jabalinas sobre el firme suelo, precisamente allí donde hacía tiempo que venían mostrando su insolencia.

Así pues, aun separados por el ancho mar, Telémaco y Menelao por un lado y los pretendientes de Penélope por otro se dedican a las dos actividades aristocráticas más características: el banquete y el deporte, de cuya práctica —dice expresamente el texto de Homero— los jóvenes aristócratas disfrutaban con placer.

No obstante, en alguna ocasión los poemas homéricos testimonian que también otras clases sociales practicaban el deporte para entretener momentos de inactividad (y disfrutarlos) y, de paso, mantener la forma física. En *Iliada* 2.771-775, las tropas de Aquiles permanecen ociosas al haberse

retirado su jefe del combate irritado con Agamenón y pasan el tiempo dedicadas a los ejercicios atléticos:

Pero Aquiles en las corvas naves surcadoras del mar yacía alimentando su cólera contra Agamenón pastor de pueblos, hijo de Atreo. Y entretanto sus tropas junto al rompiente del mar disfrutaban lanzando discos, jabalinas y flechas.

E incluso en la *Odisea* asistimos a un combate de boxeo entre individuos de (presuntamente) baja extracción social, si bien se trata de una competición de corte humorístico. Al comienzo del canto 18 los aburridos pretendientes de Penélope, todos ellos nobles señores, fomentan un enfrentamiento pugilístico entre su “mendigo oficial” Iro y un nuevo pordiosero recién llegado, que no es otro que Ulises disfrazado. Iro, muy seguro de su triunfo, fanfarronea ante su adversario amenazando con dejarlo para el arrastre (vv. 22-29):

¡Vaya, qué charlatán es de buenas a primeras este gorrón! ¡Parece una vieja al lado del fuego! ¡Yo podría ingeniar contra él males si lo golpeo con mis dos manos y echarle por tierra todos los dientes arrancándoselos de las mandíbulas, como a una marrana que devora las mieses!

Naturalmente, en el curso del combate Ulises da su merecido a Iro y este debe abandonar la pelea derrotado y escarnecido.

En realidad, en este combate de boxeo paródico Iro se comporta exactamente igual que los aristocráticos capitanes del ejército griego que participan en los juegos funerarios en honor de Patroclo. En esa ocasión, cuando Aquiles pide voluntarios para la prueba de boxeo, se levanta Epeo y trata de amedrentar a cualquier posible rival diciendo (*Iliada* 23.673-675):

Le desgarraré la piel y le romperé los huesos, y que sus cuidadores por su parte permanezcan aquí reunidos, para que se lo lleven cuando sucumba bajo mis manos.

A diferencia de Iro, Epeo cumple su amenaza y su rival Euríalo debe ser retirado por sus compañeros “arrastrando los pies, escupiendo espesa sangre e inclinando la cabeza hacia un lado” (vv. 694-695).

En definitiva, los poemas de Homero presentan la práctica del deporte como una actividad sobre todo propia de las élites aristocráticas, ya sea en competiciones organizadas en una ocasión especial, ya como actividad habitual de la vida cotidiana. No obstante, también atestiguan ocasionalmente la extensión de la práctica del deporte a otras clases sociales, quizá como anticipo o inicio de un proceso que cobrará forma sobre todo a partir del siglo VI a. C. y culminará en los siglos sucesivos con la popularización de la práctica del deporte y el desarrollo de un deporte profesional.

A partir de la segunda mitad del siglo VII y durante el siglo VI a. C., Grecia experimenta profundos cambios sociopolíticos y económicos. Se consolida la ciudad-estado como estructura básica de la organización política y en ella ostentan el poder las grandes familias de la aristocracia, cuya riqueza se basa en la posesión de tierras y cuyos miembros no es raro que estén enfrentados entre sí. Esos regímenes aristocráticos se ven amenazados por diversos factores. Por un lado, el desarrollo del comercio y de la industria, basado en la economía monetaria, favorece el ascenso económico de clases sociales diferentes de la antigua aristocracia; y esa nueva “burguesía” enriquecida reclama su participación en el gobierno de unas ciudades a cuya prosperidad y defensa contribuye. Por otra parte, no podían dejar de provocar graves turbulencias y revueltas las desigualdades sociales y la extensión de la pobreza entre las clases sociales inferiores. La situación llegó incluso al punto de que quienes no podían pagar las deudas contraídas por necesidad (fundamentalmente los campesinos), al no tener nada más que vender, vendían la única posesión que les quedaba: se vendían a sí mismos como esclavos, de tal modo que perdían el bien más preciado para un griego, su libertad y, en consecuencia, sus derechos de ciudadanía.

Para tratar de solucionar estos problemas se probaron distintas vías. Se intensificó la fundación de colonias, a las cuales emigraba parte de la población de la ciudad colonizadora, bien porque buscaba un remedio para sus dificultades económicas, bien porque los conflictos políticos forzaban a abandonar la metrópoli a parte de la población. En muchas ciudades los conflictos sociales y las luchas por el poder dieron como resultado la creación de “tiranías”, cuando conseguían el control de la ciudad “tiranos”, es decir, miembros de la aristocracia que se hacían con el poder contando con el apoyo popular, a base de promesas (cancelación de las deudas contraídas, reparto de tierras, etc.) que rara vez cumplían, al menos de forma sustancial.

En fin, los siglos VII-VI a. C. son también la época en la que los griegos asentados en Asia Menor se ven presionados por los pueblos orientales, especialmente por la expansión del imperio persa, una situación que desemboca, a comienzos del siglo V, en la invasión de Grecia por los persas, las llamadas guerras médicas, que dan paso a la época clásica.

Precisamente las dos ciudades que habrían de liderar el mundo griego en el siglo V a. C., Atenas y Esparta, siguieron caminos diferentes de los recorridos por la mayoría de las ciudades griegas para hacer frente a esas situaciones de dificultad. En Atenas, para intentar resolver los problemas se nombró en el año 594-593 un mediador con plenos poderes, Solón, miembro de la aristocracia, quien trató de llevar a cabo unas reformas que abortaran el estallido social y al tiempo impidiesen el advenimiento de la tiranía, intentando conciliar a las partes en conflicto. El resultado fue que, como él mismo afirma en sus poemas (fragmento 5 West), sufrió los ataques de ambos bandos. Pero Solón consiguió llevar a cabo una reforma institucional y legislativa fundamental, que evitó la implantación de una tiranía durante más de treinta años, hasta que Pisístrato se hizo con el poder primero en 561 y ya definitivamente en 546. Luego, cuando el hijo de Pisístrato, el tirano Hípias, fue depuesto en 514, esa legislación de Solón y las reformas que llevó a cabo Clístenes en 508 fueron la base sobre la que se fundamentó el régimen democrático ateniense de los siglos V y IV a. C. Durante el periodo democrático la práctica del deporte probablemente se extendió a más amplios sectores de la sociedad, al igual que otras actividades características del modo de vida aristocrático (el tema y los problemas que plantea se tratarán en el capítulo 3).

El caso de Esparta fue distinto y desembocó en la implantación de un régimen político diferente y especial. Ante el problema del aumento de la población y otros conflictos sociales, que muchas ciudades griegas intentaron resolver mediante la fundación de colonias, Esparta optó por una solución diferente: la conquista de los territorios de la vecina Mesenia, que condujo a la creación de un estado de dimensiones mayores que las habituales en el mundo griego de la época, ya que los espartanos llegaron a controlar toda la mitad sur del Peloponeso. A mediados del siglo VII, el levantamiento de los mesenios sometidos durante una primera guerra que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo VIII solo pudo ser reprimido con grandes dificultades. Ello provocó sucesivas y profundas reformas en la estructura política, social y

militar de Esparta, con el objetivo de impedir que las poblaciones sometidas hicieran valer su superioridad numérica sobre los espartiatas (los ciudadanos de Esparta con plenos derechos). Estos cambios acabarían desembocando en la construcción de un estado compacto y cerrado a las influencias exteriores, ya que los espartiatas se vieron obligados a militarizar su régimen de vida como único medio para mantener su dominio. Además, de acuerdo con la descripción de Christesen (Christesen y Kyle, 2014: 215-217), tras la conquista definitiva de Mesenia a mediados del siglo VII, un buen número de espartanos que no pertenecían a las grandes familias aristocráticas recibieron tierras, cuya explotación (usando a los sometidos mesenios como mano de obra) les permitió ascender de clase social e igualarse hasta cierto punto en derechos y modo de vida con los miembros de la aristocracia tradicional.

2.2. El “deporte de Estado” de Esparta. La educación física de los espartanos (y las espartanas)

El régimen político de que se dotó Esparta creó una situación completamente diferente al resto de las ciudades griegas, también en lo que respecta a la educación física y la práctica del deporte (Christesen y Kyle, 2014: 146-158). El régimen espartano creó, en efecto, un auténtico “deporte de Estado”, en el sentido de que el Estado se preocupaba de fomentar, dirigir y controlar la formación física y la práctica del deporte entre todos sus ciudadanos (y ciudadanas, y esto sí que es una excepción en el mundo antiguo), con el convencimiento de que la práctica del deporte era fundamental para la buena marcha y el futuro de la comunidad ciudadana. Esparta fue probablemente la primera ciudad griega sobre la que estamos informados que planificó de manera metódica un sistema educativo para sus ciudadanos, un sistema educativo que niños y jóvenes debían seguir obligatoriamente, porque en Esparta, a diferencia de lo que ocurría en Atenas (véase apdo. 3.1), la educación era competencia y preocupación del Estado y no de los particulares. Y en ese sistema educativo la formación física ocupaba un lugar primordial.

Sobre el sistema educativo de la Esparta arcaica y clásica, los autores antiguos (que son nuestra principal fuente para su conocimiento) nos han transmitido bastantes noticias, pero todas ellas presentan un problema: ninguna procede directamente de fuentes espartanas. Es decir, no hay ni un solo

escritor o historiador espartano que nos hable sobre el sistema educativo de su ciudad. Siempre son otros griegos (sobre todo atenienses) quienes nos proporcionan esas informaciones, y por eso nos queda la duda de hasta qué punto se corresponden con la realidad o nuestras fuentes están exagerando, minusvalorando o deformando las informaciones que nos transmiten de acuerdo con su visión personal del régimen espartano: si son proespartanas, para alabar su sistema político, y si son antiespartanas, para criticarlo. Por ejemplo, Plutarco de Queronea (un autor que escribe ya a caballo entre los siglos I-II d. C. y con fama de ser proateniense) nos ofrece una imagen de la educación espartana no muy positiva, pues presenta a los espartanos como individuos muy valientes, abnegados y recios, pero muy poco cultivados en el terreno intelectual. En su *Vida de Licurgo* (16.6), asegura Plutarco que los espartanos “aprendían a leer y a escribir porque era necesario, pero todo el resto de la educación tenía como meta obedecer disciplinadamente, resistir las penalidades y vencer en la batalla”. Así pues, Plutarco nos transmite la imagen de una Esparta cuyo sistema educativo estaba centrado de manera obsesiva en el entrenamiento físico, y concretamente en la formación militar, con olvido casi absoluto de la formación intelectual. Esa es la imagen que predomina en los autores antiguos y la que ha prevalecido en nuestra tradición cultural hasta hoy.

Pero ¿esa ciudad completamente militarizada, ese desierto cultural, era la Esparta real o la imagen de Esparta que querían transmitir sus enemigos políticos, en particular los atenienses? Porque no podemos contrastarla con la descripción de Esparta hecha por un espartano. De hecho, en la actualidad muchos historiadores ponen seriamente en duda esa imagen tradicional que se tiene sobre el sistema educativo y la vida cultural en la Esparta de los siglos VII-IV a. C., y sostienen que, aunque esa visión pudiera reflejar en parte la realidad, no reflejaría toda la verdad y Esparta no habría sido el yermo cultural que describen algunos autores antiguos (cf. Scanlon, 1988; Kennell, 1995; Fornis, 2012; Christesen y Kyle, 2014: 146-158).

Hemos anticipado que en Esparta la educación no se dejaba en manos de los particulares, como en Atenas, sino que el Estado controlaba la educación de sus niños y jóvenes, y esa educación era obligatoria para todos los hijos de ciudadanos. Hasta los siete años, los niños quedaban al cuidado de sus padres, pero a partir de esa edad era el Estado el que se hacía cargo de todo lo concerniente a su instrucción. Esta comprendía varias etapas, cuya duración

exacta no podemos determinar con precisión, ya que nuestras fuentes son a menudo contradictorias o nos proporcionan una información imprecisa y poco sistemática. Habitualmente se admiten tres grados de formación en el sistema educativo espartano. La primera etapa (*paîdes*, ‘niños’) comenzaba a los 8 años y se extendía hasta los 11 o los 12. La segunda (*meirákia* o *paidískoi*, ‘muchachos’) comprendía hasta los 15 o los 18. Se pasaba entonces a la categoría de los ‘jóvenes’ (*eirênes*, *hebôntes*), donde los espartanos permanecían cinco o seis años, hasta que eran admitidos en las filas de los soldados de vanguardia, como paso previo para alcanzar, a los 30 años, la ciudadanía de pleno derecho.

En ese largo recorrido educativo, los ejercicios físicos se iban graduando de acuerdo con la edad, pero nuestras fuentes coinciden en que desde un principio se sometía a los niños a duras condiciones de vida y a una férrea disciplina, como manifiesta claramente la descripción de Plutarco en su *Vida de Licurgo* (16.10-13), el semilegendario legislador espartano al que se atribuían las leyes que regían la organización de su ciudad:

Conforme su edad aumentaba, iban intensificando su entrenamiento, rapándolos al cero y acostumbrándolos a caminar descalzos y a jugar desnudos la mayor parte del tiempo. Cuando llegaban a los doce años seguían viviendo aún sin túnica, llevando un solo manto todo el año, con los cuerpos secos y desconocedores de baños y ungüentos, excepto unos pocos días del año en que disfrutaban de tales placeres. Dormían juntos, divididos en escuadrones y grupos, sobre lechos de paja que ellos mismos preparaban, rompiendo con las manos, sin servirse de cuchillos, las puntas de las cañas que crecen junto al río Eurotas.

No muy diferente es el testimonio, quinientos años anterior, del ateniense filoespartano Jenofonte, quien, a diferencia de Plutarco, tiene en muy buen concepto la educación espartana (*Constitución de los lacedemonios* 2.2-5):

Y Licurgo les asignó también “portalátigos” elegidos de entre los jóvenes, para que castigasen a los niños cuando fuera preciso, de manera que gran respeto y gran obediencia concurren en ello. Además, en lugar de hacer delicados los pies con el calzado, ordenó endurecerlos yendo descalzos, pues estimaba que, si así se ejercitaban, mucho más

fácilmente subirían montañas y con mayor seguridad bajarían pendientes, saltarían, brincarían y correrían más rápidamente. Y en lugar de ablandarse con mantos, estimaba que debían acostumbrarse a llevar un solo manto durante todo el año, considerando que así estarían mejor preparados tanto contra el frío como contra el calor. Y en cuanto a la comida, ordenó que el jefe de los jóvenes en las marchas dispusiera de una cantidad tal que nunca se sintieran pesados por hartura ni desconocieran lo que es pasar necesidad, estimando que los así educados serían más capaces, si fuera preciso, de aguantar sin comer y resistirían durante más tiempo con la misma ración, si así se les ordenase.

La educación así organizada de los niños espartanos incluía además algunas actividades cuanto menos llamativas, como es el caso del discutido adiestramiento en el robo para conseguir provisiones (alabado por el propio Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 2.6-8), o la *krypteia*, una especie de “caza de esclavos” nocturna en la que los jóvenes espartanos debían mostrar su valor y madurez (Platón, *Leyes* I, 633b; Plutarco, *Vida de Licurgo* 28), o el sangriento ritual de la *diamastigosis* o flagelación de los muchachos ante el altar de Ártemis Ortia, en el cual debían poner de manifiesto, antes de su paso al grupo de los “jóvenes”, su resistencia al dolor soportando sin queja alguna los golpes, en algunos casos –se nos dice– hasta la muerte (Plutarco, *Vida de Licurgo* 18.2).

En el aspecto positivo, el entrenamiento de los espartanos procuraba un desarrollo físico completo, de todo el cuerpo, de manera que, como afirma Jenofonte (*Constitución de los lacedemonios* 5.9), “no se podrían encontrar fácilmente hombres más saludables y de cuerpos mejor formados que los espartanos, pues ejercitan por igual piernas, brazos y cuello” (lo mismo se decía a propósito de las mujeres espartanas, como luego comentaremos). Los espartanos parecen haber sido los grandes dominadores de los Juegos Olímpicos durante sus primeros siglos de existencia; al menos eso parece indicar el hecho de que, de las 66 victorias olímpicas conocidas entre 776 y 600 a. C., justo la mitad de ellas, 33, fueran a parar a manos espartanas (Harris, 1964: 220 ss.).

Las disciplinas básicas del entrenamiento físico espartano debían de ser las más antiguas y naturales formas de ejercicio, es decir, la carrera, el lanzamiento de piedras y jabalinas, y también la lucha, que podía practicarse en combates individuales y de manera reglamentada o bien colectivamente y casi sin reglas, como en el caso del violento juego que describe, en el

siglo II d. C., Pausanias (*Descripción de Grecia* 3.14.8 ss.) y que tenía lugar en una isla en el río Eurotas:

Al día siguiente, un poco antes del mediodía, los jóvenes entran por los puentes al lugar citado. La entrada por la que tienen que pasar cada uno de los bandos se decide por sorteo durante la noche. Luchan con las manos y los pies, y se muerden y se meten los dedos en los ojos. Hombre contra hombre luchan de la manera que he dicho, y juntos se lanzan violentamente unos contra otros y se empujan dentro del agua.

Se practicaban asimismo diversos juegos de pelota, y no faltaban, por supuesto, ejercicios más relacionados con la función militar: tiro con arco y esgrima, equitación, caza y muy posiblemente también las dos disciplinas deportivas más violentas: el boxeo y el pancracio.

Otro rasgo peculiarísimo de la educación espartana, prácticamente sin paralelos en el mundo griego antiguo (y en realidad en casi ningún otro tiempo y lugar hasta nuestros días), es la inclusión de las mujeres, a todos los efectos, en el sistema educativo, y en concreto la recepción de un completo entrenamiento físico. El Estado espartano consideraba, en efecto, que la educación física de las mujeres era esencial para su supervivencia. La inclusión de las muchachas en el sistema educativo espartano y, dentro de él, su participación en el entrenamiento físico, era atribuida por la tradición al legendario legislador Licurgo, y los autores antiguos interpretan que su intención al proporcionar a las mujeres espartanas un completo entrenamiento físico era conseguir que desempeñaran de la mejor manera posible las funciones que la sociedad esperaba de ellas, a saber, su papel de esposas y madres que dieran a luz hijos sanos y robustos que aseguraran el futuro de la comunidad. Así lo afirma explícitamente, en la primera mitad del siglo IV a. C., Jenofonte en su *Constitución de los lacedemonios* (1.4):

Licurgo, considerando que para las mujeres libres lo más importante era la procreación de hijos, en primer lugar ordenó que el sexo femenino ejercitase su cuerpo no menos que el masculino, y en segundo lugar estableció para las mujeres, como también para los hombres, competiciones de velocidad y fuerza entre ellas, estimando que de unos padres fuertes nacen asimismo hijos más robustos.

Autores posteriores añaden la idea de que estas normas atribuidas a Licurgo sobre la ejercitación física de las mujeres no solo tenían como objetivo los futuros hijos, sino que también velaban por la salud de las propias mujeres. En ese sentido, Plutarco afirma lo siguiente (*Vida de Licurgo* 14.2; véase también *Apotegmas de los espartanos* XII, 227d):

Licurgo hizo que las jóvenes ejercitaran su cuerpo en la carrera, la lucha y el lanzamiento de disco y jabalina, pensando que, si el enraizamiento de los embriones se produce en la sólida base de un cuerpo robusto, su desarrollo será mejor, y que las propias mujeres, si se enfrentan a los partos en buena forma física, combatirán bien y con facilidad los dolores.

En fin, un siglo más tarde Filóstrato (*Sobre la ejercitación física* 27-28), además de los beneficios señalados por Jenofonte y Plutarco, imagina también las grandes ventajas que una mujer entrenada a la manera espartana puede aportar al nuevo hogar una vez casada, pues “no dudará en llevar agua ni en moler a causa de los ejercicios físicos hechos desde su juventud”. He aquí el pasaje completo:

Licurgo, como quería dar a Esparta atletas de guerra, estableció: “que practiquen deporte las muchachas y se ejerciten en público en la carrera”, sin duda para que tuvieran buena descendencia y parieran hijos mejores por tener cuerpos vigorosos. Porque llegada a casa de su marido, no dudará en llevar agua ni en moler a causa de los ejercicios físicos hechos desde su juventud, y si se une a un hombre también joven y que practica juntamente el deporte, le dará hijos mejores, de buena estatura, fuertes y sanos.

Así pues, los autores antiguos interpretan, de acuerdo con la distribución habitual de roles en la sociedad griega antigua, y probablemente con razón, que la educación física que las leyes espartanas prescribían para las mujeres tenía como finalidad que desempeñaran de la mejor manera posible su papel de madres. Pero, en todo caso, también advierten que la ejercitación física y la vida al aire libre proporcionaban a las mujeres espartanas una libertad mayor de la que tenían en el resto de las ciudades griegas. Así lo afirma explícitamente, en el siglo I a. C., el latino Cicerón en un texto muy significativo (*Tusculanas* 2.15.36):

Así pues, quienes dieron a Grecia la forma de sus sistemas de gobierno, quisieron que los cuerpos de los jóvenes se hicieran más fuertes mediante el esfuerzo. Eso los espartanos lo trasladaron también a las mujeres, que en el resto de las ciudades llevan una vida muy blanda y “viven ocultas a la sombra de las paredes”. Los espartanos, en cambio, no quisieron que ocurriera nada parecido “entre las muchachas espartanas, que tienen más interés por la palestra, el Eurotas, el sol, el polvo, el esfuerzo, los ejercicios militares, que por una fertilidad bárbara” [Los textos entrecomillados son citas de tragedias perdidas].

El ejercicio y la vida al aire libre contribuyeron sin duda a que las muchachas espartanas tuvieran fama de ser las más guapas y más sanas de Grecia, según advierten los autores antiguos. Ya en la *Odisea* (13.412) la diosa Atenea llama a Esparta “la ciudad de las mujeres hermosas”. Y supuestamente (porque puede tratarse de una falsificación) a comienzos del siglo VII a. C. el oráculo de Delfos, preguntado por los habitantes de la ciudad de Egio, al norte del Peloponeso, sobre quiénes eran los mejores de los griegos, dio una respuesta que comenzaba así (oráculo n.º 1 Parke-Wormell): “Argos Pelásgica tiene la mejor tierra, / para caballos, los de Tracia, y para mujeres, las de Esparta”. Por lo demás, las palabras con las que la espartana Lampito es saludada por la ateniense Lisístrata en la comedia *Lisístrata* de Aristófanes (411 a. C.), cuando ambas se encuentran en Atenas para poner en marcha la huelga de sexo mediante la que pretenden obligar a los hombres a firmar la paz, podrían indicar que las mujeres de Atenas, que no llevaban ni mucho menos una vida tan activa fuera del hogar como las espartanas, miraban con cierta envidia el robusto aspecto que la ejercitación física proporcionaba a las espartanas (vv. 78 ss.):

¡Hola, Lampito, queridísima laconia! ¡Cómo reluce tu belleza, guapísima! ¡Qué buen color tienes y cuán lleno de vitalidad está tu cuerpo!
¡Hasta un toro podrías estrangular!

Lampito responde a Lisístrata dándole el secreto de su belleza: “¡Ya lo creo, por los dos dioses! Es que hago gimnasia y salto dándome en el culo con los talones”. La espartana alude en concreto a un tipo de ejercicio típico de sus compatriotas llamado *bibasis*, que consistía en saltar hasta tocarse los glúteos con los pies, ya fuera con los dos pies juntos o bien saltando alternativamente sobre cada una de las dos piernas.